

El malestar entre la pandemia y los otros

Eduardo Romero

A lo largo de la historia de la humanidad son innumerables la cantidad de catástrofes naturales que la han azotado, destruyendo pueblos y ciudades enteros junto a sus habitantes.

Fenómenos geológicos, climáticos, enfermedades, pestes epidemias, pandemias ponen en evidencia el poder devastador de la naturaleza y el desvalimiento del hombre frente a ella.

También sabemos, a través de los estudios, investigaciones y resultados que obtiene la ciencia, que antiguos habitantes del planeta que recorrían a sus anchas toda su superficie, perecieron ante este poder destructivo que extinguió múltiples especies y que poco a poco fuimos conociendo, gracias al trabajo de profesionales, en museos y exposiciones de los restos fósiles encontrados, mostrando así sus majestuosas dimensiones y permitiéndonos imaginar su imponente presencia de cuando eran los dueños del mundo.

Hago esta pequeña introducción para no que no perdamos de vista que lo que nos toca vivir hace ya más de dos años, me refiero a la pandemia de COVID 19, puede incluirse en la serie de las manifestaciones naturales que hacen reflexionar sobre la insignificancia del hombre frente al poder del universo.

Cuando el coronavirus empezó a ser noticia, los medios de comunicación (radio, televisión, diarios, revistas, redes sociales, etc.) capturaron un público que quedó expectante del avance de esta nueva catástrofe que afectaba a toda la humanidad. La expansión de la enfermedad fue facilitada por los avances tecnológicos y desarrollos de los medios de transportes que hacen llegar rápidamente a todos los rincones del planeta no solo a pasajeros sino también todo tipo de objetos de consumo y al virus como polizón.

La pandemia se había desatado y no distinguía clases sociales, etnias ni ningún otro tipo de diferencia entre los habitantes del mundo.

El aislamiento fue la primera respuesta en conjunto seguida de unas extremas medidas de higiene y el cierre de las fronteras entre países, pero nada impidió que el virus siguiera avanzando y distribuyera por todos lados.

El cese de gran parte de la actividad industrial, la escasa circulación de la gente en las ciudades y entre ciudades y la reducción de otras tantas actividades dieron a entrever que en medio de todo lo malo que estaba sucediendo también había efectos benéficos, no buscados pero sí festejados: ríos más limpios, aire más puro signos de una posible descontaminación del planeta que daba esperanzas de algo bueno iba a resultar de esta tragedia. La ilusión de un más saludable era alimentada por noticias acordes y se extendía e incluía una ilusión aún mayor: la transformación de la sociedad en otra más justa para todos los habitantes del planeta. Si todos padecemos por igual, la salida tenía que ser igual para todos. La civilización habría tomado conciencia de que las cosas no podían seguir funcionando como lo habían hecho hasta ahora, la distribución de los recursos naturales tenía que ser más equitativa. El discurso de la solidaridad hacia los más necesitados estaba en boca de los gobernantes y políticos de casi todo el mundo abonando esta ilusión.

Cuando la ciencia anuncia el hallazgo de una vacuna que pondría freno al avance de esta pandemia se renovó la esperanza de que se aproximaba el fin de esta pesadilla que ya había durado demasiado tiempo. Pero a la par de esta nueva esperanza empezaban a caerse las otras ilusiones, que carecían de una base sólida para verse cumplidas. La vacuna pronto se transformó en un negocio para los laboratorios dejando a los países más pobres en la impotencia de conseguir las dosis necesarias para su población. El discurso de la solidaridad se fue moderando y cruzando con el de las necesidades económicas que debería afrontar cada país producto de la crisis productiva que provocó la pandemia. Las mezquindades humanas volvieron a salir a la luz a nivel mundial y también a niveles más reducidos de los grupos humanos.

El padecimiento causado por esta enfermedad, de cuyo final no hay signos evidentes hasta la fecha y que una vez más mostró la fuerza destructora de la naturaleza, mantuvo, tal vez en muchos, el velo que cubría la más poderosa fuente de sufrimiento: la relación de los seres humanos entre sí en la familia, el Estado y la sociedad.

Voy a retomar en este punto la pregunta que se hace Freud acerca de ¿por qué es tan difícil para el hombre ser feliz? Sabemos, con el autor del psicoanálisis, que aquello a lo que se llama felicidad es un fenómeno episódico en tanto sólo se goza intensamente

del contraste. En tanto que la persistencia de una situación anhelada sólo proporciona una sensación de tibio placer.

La influencia del mundo externo pone límites o impone rodeos para conseguir la satisfacción anhelada. El principio de realidad limita el programa del principio del placer y hace que el designio de ser felices se torne irrealizable, lo que no implica que deba abandonar los esfuerzos para acercarse de cualquier manera a su realización. Pero es así que muchas veces el hombre, amenazado por el sufrimiento, relega sus aspiraciones de felicidad y se siente dichoso solo por escapar a la desgracia.

El término cultura designa la suma de producciones e instituciones que sirven al hombre para protegerlo contra la naturaleza y regular las relaciones de los hombres entre sí. Ahora bien, la vida en sociedad sólo es posible a partir de la sustitución del poder individual por el poder de la comunidad y la institución de un orden jurídico que garantice esa sustitución. Por ello la libertad individual no es un bien de la cultura ya que el desarrollo cultural impone restricciones y la justicia exige que nadie escape a ellas. Y en ello encontramos un problema, puesto que el hombre difícilmente dejará de defender su pretensión de libertad individual contra la voluntad de la masa. Este conflicto parece ser inconciliable y fuente de la hostilidad contra la cultura misma.

En “Tótem y tabú” Freud señala que la vida de los hombres en común tenía dos fundamentos, por un lado la obligación del trabajo para procurar la satisfacción de las necesidades y por otro lado el poder del amor que impedía al hombre prescindir de su objeto sexual, la mujer, y a esta del producto de su vientre, su hijo, instituyéndose así la familia. Esto tuvo como resultado facilitar la vida en común a mayor número de seres humanos.

Sin embargo, Freud señala que el amor se opone a la cultura ya que el amor no está dispuesto a aceptar las restricciones que la cultura exige imponer y que afectan a la satisfacción sexual. Los amantes se bastan a sí mismo y el mundo exterior no despierta ningún interés. ¿Por qué las exigencias de la cultura afectan a la satisfacción sexual? Porque la cultura pretende poner en juego la mayor cantidad de libido inhibida en su fin para reforzar los vínculos de la comunidad mediante los lazos amistosos.

Lejos de tener una esencia bondadosa, el hombre ve perturbada la relación con sus semejantes por las tendencias agresivas que habitan en él, por eso la cultura se ve obligada a desplegar una serie de preceptos en el intento de domeñarlas, encontrando en esta

inclinación agresiva el obstáculo más poderoso. Las pasiones pulsionales son más poderosas que los intereses racionales.

Entonces vemos que la cultura tiene todavía una forma más eficaz de controlar esta inclinación agresiva. Y Freud propone estudiarla desde la historia evolutiva del individuo. Este gusto por la agresión se vuelve inocuo por un proceso por el cual la agresión es vuelta hacia el yo propio, recogida por el superyó y entonces, como conciencia moral, está pronta a ejercer contra el yo la misma severidad agresiva que el yo habría satisfecho en otros individuos ajenos a él. Así, la conciencia de culpa, se exterioriza como necesidad de castigo. La cultura debilita y vigila este peligroso gusto agresivo mediante una instancia interna del individuo.

El bien y el mal se originan frente al temor de la pérdida del amor del otro, de quien depende. Lo malo se evita por la angustia frente a esa pérdida. Cuando se instaura el superyó desaparece el distinguo entre hacer el mal y quererlo. El superyó tortura al yo pecador con la angustia y está al acecho de oportunidades para hacerlo castigar por el mundo exterior. La angustia ante la autoridad obliga a renunciar a satisfacciones pulsionales y la angustia ante el superyó además impulsa al castigo. La renuncia no extingue el deseo y sobreviene un sentimiento de culpa. La renuncia no tiene un efecto satisfactorio ni es recompensada con la seguridad del amor. Una desdicha que amenazaba desde afuera se ha trocado por una desdicha interior permanente. Cada renuncia pulsional vuelve más severo al superyó que cada vez reclama más y más renunciaciones.

Freud propone remitir el sentimiento de culpa al asesinato del padre primordial y a su posterior arrepentimiento a la participación de la ambivalencia de sentimientos, amor-odio. Por la identificación al padre se instituye el superyó y se le confiere el poder del padre. El sentimiento de culpa es la expresión del conflicto de ambivalencia, la lucha eterna entre Eros y la pulsión de muerte. Conflicto que se entabla cada que se plantea al hombre la tarea de la convivencia. La ampliación de la comunidad y la subsistencia de la misma solo serán posibles si se refuerzan y aumenta el sentimiento de culpa.